



"Salvar a los delfines", de Santiago Moncada.

Isabel) las situaciones se repiten, y hasta los diálogos (Moncada sabe más del verbo dramático que de la acción teatral) parecen trasplantados de una pieza a otra. Matrimonio maduro, separado, amantes sustitutivos, in-

tento de reconciliación, imposibilidad total de recuperar el tiempo y las ilusiones perdidas, etcétera. Vuelta a los interminables diálogos (monodialogos le hubiera gustado decir a Unamuno); habilidad en la palabra

fresca e ingeniosa... Algunas variantes en la trama; la mujer, psicóloga especializada en problemas matrimoniales (circunstancia que permite al autor una profundización completísima y de terrible mal gusto sobre las intimidades de ambos sexos, expuestas sin recato alguno y más próximas al soterrado erotismo de una burguesía floja que a una supuesta investigación sobre el tema); amistad inmediata entre marido y amante, como para denunciar el vacío de la especie masculina, y, por fin, una hija, símbolo de cierta juventud actual (con la que Moncada parece querer reconciliarse para, como actual Tenorio, "buscar mayor espacio para sus hazañas"). La muchacha, naturalmente rebelde, deseosa de apurar pronto todas las experiencias humanas (drogas, amor libre), resulta ser una criatura cándida y virginal, amante de la cultura, la Naturaleza y la verdad. Este descubrimiento indigna a sus padres, que encuentran anormal la postura que pocos momentos antes criticaron. Por si todos estos pocos no formaran un sustancial mucho, la muchacha desea casarse con

un thailandés budista zen, con el que no ha tenido más relaciones que las puramente emotivo-dialécticas. El exotismo del personaje oriental, cargado de sabiduría e idealismo, contrasta con la brutalidad de unos seres enajenados. Los dos jóvenes, ante el estupor de aquellos personajes contaminados por los años y la sociedad, escapan hacia una isla perdida con la intención de cortar una desmedida matanza de delfines. Ganan las buenas intenciones y el autor deja en el aire una utópica esperanza en no se sabe muy bien qué.

La reaparición de Amparo Rivelles es pieza clave en este estreno. Realiza su papel con desenvoltura y convence, claro es, de que sus posibilidades interpretativas están muy por encima de este pequeño encargo. La dirección de José L. Alonso pone también una nota de color y buen gusto.

Luego de las sonrisas y demás festejos sensoriales, el vacío una vez más. Santiago Moncada quiere salvar a los delfines, noble propósito, pero con ello condensa otra vez las posibilidades de nuestro teatro. ■ MIGUEL A. MEDINA.

## Braque y los demás

La *rentrée* queda formalmente inaugurada con la gran exposición de Braque en la Fundación Juan March. Ciento veintiséis obras del célebre pintor francés vienen a reforzar la imagen de grandes muestras a las que nos tiene acostumbrados esta institución, acontecimientos siempre bien acogidos por un público ávido de conocer en vivo a todos esos monstruos que hacen la historia reciente de la pintura. Muy de cerca, en el estilo didáctico y enciclopédico, está la exposición *Doce ceramistas españoles* (en el Palacio de Cristal del Retiro madrileño), donde se reúnen obras de los maestros Picasso, Miró o Artigas, junto a las generaciones más jóvenes representadas por Arcadio Blasco, Colmeiro, Cumella o Mestre.

Mientras, en las galerías madrileñas, vencido el tiempo de las colectivas de entretiempo, parece prevalecer la idea de que octubre tiene que ser el mes de la primera oportunidad, y varias galerías comienzan el curso con pintores jóvenes, o por lo menos poco curtidos en individuales. Así ocurre con el gallego Manuel Ruibal, que abre *Rayuela*, y al que seguirán Enrique Brikman, Quero y una inusitada exposición de Picasso. Lo mismo pasa en Aele, donde tras una breve colectiva de Serrano, Hoffman, Herbert, Cruz Novillo y Lerin, expondrá su obra otro joven, Enrique Vega, que presentará su serie *Antonio*. En el programa de Aele aparece el asiado condimento imaginativo: una colectiva de collages, entre las intenciones de investigación en formas nuevas, empeño en el que coincide Theo, que anuncia una colectiva titulada *La otra dimensión*, que incluirá precisamente las formas no tradicionales

del arte. Theo abre en octubre con las últimas obras del espacial José María Iglesias, y tras ello prepara una gran exposición de Sempere y otra del escultor cubano Cárdenas.

Siguiendo con su línea de integración de las artes, Juana Mordó tendrá en su sala de Castelló, y del 1 al 6 de septiembre, un espectáculo gráfico-musical a cargo de Juan Malumbres sobre variaciones gráficas a la "Cuarta sinfonía" de Brahms, y en el que cada día se celebrará un acto distinto: conciertos, conferencias, proyección de diapositivas, etc. En su

sala de Villanueva será el equipo Crónica el que abra el fuego, que muchos esperan será nutritivo y sabroso. Sen se estrena con José Luis Pascual y continuará con el imprevisible Urculo, del que podemos esperar cualquier golpe de gracia, y con un Berrocal prenaideño. Kreisler Dos cierra el rápido repaso, abre con dos exposiciones consecutivas de escultura, rara avis en la tradición madrileña: la primera, del chileno Federico Assler, y la segunda, de Angel Mateos. Para cuando la temporada esté mediada, se reservan el plato fuerte y marinero de Eduardo Sanz, que puede volver a sorprender, según todos los indicios.

Para el final he dejado a la vanguardia, que, como es su deber, resiste heroicamente en su fortín de la galería Buades, que anuncia su reapertura con Xavier Grau, para continuar con Fernando Carbonell, Juan Navarro Baldeweg, Brota, Tena y los "comics" de Cecepe. Una nutritiva avanzadilla desbordará, sin embargo, el reducto tradicional, y presentados por sus críticos más entusiastas, Angel González García y Juan Manuel Bonet, aparecerán hasta diez en una colectiva de jóvenes en la Juana Mordó de la calle Castelló. Algunos de los nombres serán Carlos Alcolea, Brota, Campano, Manuel Quejido, Pancho Ortuño, y nos quedan cinco. Una buena fiesta para los ojos fértiles.

Con crisis o sin ella, el carrusel ya comenzó a girar. Si la imaginación no nos abandona, la falta de ventas y la falta de público podrán ser superadas. Esto es sólo el anuncio de lo que vendrá. Luego llegará la constatación de que algo llegó, si es que algo llega. ■ MARCOS-RICARDO BARNATAN.

"Pájaro atravesando una nube", 1957.

